

ALMENDRO EN FLOR

Un amor puede estar prohibido salvo en primavera, cuando ya los suaves vientos y el sol templado descargan atomizados los colores para el mundo. Inés, que recostada bajo la sombra de un almendro en flor se relajaba distraída, plisando a mano y por diversión su larga falda blanca, bien sabía que los albores de la primavera reverdecían no solo los campos y las praderas, sino también su espíritu abatido. Después de un otoño átono y un invierno pleno en brumas y soledades, por fin fulgían los paisajes así como su corazón, que se desembarazaba de tinieblas dando paso a cálidas luces y bálsamos de felicidad. Volvía al lugar del que nunca debió salir, regresaba a su sitio, al punto exacto en donde el aire se respiraba límpido e invisibles aromas invadían el ambiente perfumándolo de alborozo. Recordó por un instante aquella mañana de mayo, aquel momento desgraciado en que su padre la reclutó para una huida inminente. “Nos mudamos a la ciudad”, le dijo sin más. Al cabo de dos días ya se habían marchado y ella había abandonado sus sueños. Tenía diecisiete años y muchas ilusiones que de súbito se derrumbaban. “Al menos prométeme una cosa papá”, dijo Inés como último intento para una ligera esperanza. Su padre abrió los oídos y con gesto torcido accedió a escucharla: “vendremos cada año el primer fin de semana de primavera”. Pensando que aquella proposición sería solamente una chiquillada, una promesa que moriría con el paso del tiempo y la fuerza del olvido, concedió el deseo.

Luis trabajaba como campesino para Don Arcadio, el mayor latifundista en cientos de kilómetros a la redonda. Además, también se dedicaba a cuidar de su caballeriza, donde se alimentaban catorce equinos de raza pura española, y a leer y escribir poesía con pasión. Don Arcadio había alcanzado un nivel de poder inusitado a base de la aguda administración de sus herencias, su visión avezada para los negocios y sus pocos miramientos a la hora de sacar los mayores provechos a costa de cualquier peripecia de dudosa ética. Las únicas debilidades del potentado señor eran sus dos hijas, que al igual que su esposa, rebosaban una adolescencia pletórica de belleza. Cada vez que aparecían por alguna de las fincas propiedad del padre, Luis quedaba encandilado, extasiado, sus ojos como verbenas de incontenible chisporroteo. Ambas eran hermosas, dos luceros de carne, pero él sentía una atracción especial, que casi le conmovía, por la hermana menor. Inés era curvilínea, de carácter arrollador y morena como un grano de café, precioso el tono de su piel inmaculada. Cuando pasaba por delante de él como un caudaloso torrente, ella parecía pavonearse con su grácil figura, sugestiva y perspicaz, tan tierna para el amor, mientras Luis contemplaba el desfile abismado en otros universos. Él percibía un indicio, algo, no sabía qué exactamente, que le decía que ella le amaba y que juntos pasarían el resto de sus vidas. Sin embargo Don Arcadio guardaba mucho las distancias y evitaba que sus niñas tuvieran el mínimo contacto con ninguno de sus empleados, incluidos los de mayor confianza. Él quería “lo mejor” para ellas, llevarlas algún día a la ciudad y convertirlas en señoritas de postín, de excelente educación, embebidas de refinamiento y altas compañías.

Inés se acercó a Furia, su animal favorito, un precioso caballo alazán que tenía su misma edad, con el que había crecido y trabado una íntima amistad, y la recibió como siempre, con un meneo jubiloso de cabeza. Acarició su lomo y sus patas, le susurró secretos al oído y servida de su cepillo negro de groseras púas se dispuso a peinarle las crines como cada domingo. Se apercibió de repente que algo colgaba de la parda melena de Furia, una especie de sobre del tamaño de media hoja de papel y en cuyo exterior decía: “para Inés”. Intrigada, lo abrió. Dentro encontró lo que parecía ser una carta, y se lanzó a leerla invadida por la curiosidad. “En este domingo cualquiera, último domingo de este invierno tan largo sin ti, me he armado de una osadía que creía fuera de mi ser para, aun a riesgo de derretirme por puro bochorno cuando te vuelva a ver,

decirte que te amo. Ahora que algo aquí adentro me advierte que pronto desaparecerás, ahora que comienza el pintor de la primavera a utilizar su paleta de amarillos apasionados, blancos de seda y vastos verdes, ahora que ya las flores se desperezan y se abren como hoy mi corazón, ahora, justo ahora, mi mano tiembla como un pequeño terremoto invasor mientras escribe estas líneas desafortunadas que te invitan a verme el próximo domingo, primero de primavera, bajo la sombra del gran almendro en flor por donde correteabas de pequeñita intentando cazar mariposas. Estaré allí a mediodía, esperando verte caminar hacia mí. Firmado: Luís". Inés releyó y releyó aquella carta día y noche durante la semana que transcurrió de domingo a domingo. Llegó a aprendérsela de memoria y vibrante la recitaba a solas, como una loca enamorada que recibiera todos los placeres y emocionada se los cantara a su propia alma.

Apareció vestida de luminoso blanco y el contraste con su piel la hacía doblemente bella. Al verla aproximarse, Luís se irguió como un resorte y comenzó a hervir por dentro, azorado y perdido en los laberintos de sus nervios infinitos. Ella caminaba disimulando la mirada bajo su melena de pelo negro y su elegante toca, y con una pequeña margarita girando excitadamente entre sus finos dedos. La distancia se iba acortando; él de pie, viviendo una ensoñación en carne propia, ella decidida en sus pasos hacia adelante. Y al fin el encuentro, al fin la gloria del amor que todo lo derriba, al fin un beso enardecido para el que no hacen falta las palabras. El primer beso de Luís, el primer beso de Inés, un suave beso que esclaviza a los amantes y los hace eterna espuma del mar. Y tras el beso el abrazo, y tras el abrazo las manos enlazadas bajo el almendro en flor....y en lontananza, apareciendo como el diablo a lomos de un fiero dragón de fábula, Don Arcadio y Furia al galope, rumbo a ellos como un alud de inquina. Y tras el primer beso el final.

Nunca pensó Don Arcadio que cada año durante los diez siguientes y coincidiendo con el primer fin de semana de primavera, habría de cumplir su promesa. Jamás intuyó lo desmedido de aquella pasión que él de cuajo arrancó. Ni mucho menos logró imaginar que ya en su lecho de muerte, Inés le dedicaría una última frase como amarga despedida, como arraigada venganza. "Padre, recuerde esto: un amor puede estar prohibido salvo en primavera".

Y bajo el almendro en flor, ella plisando juguetona su falda, él tumbado mirando al cielo, se prometieron ver caducar mil primaveras.